RESEÑAS

Walter F. Otto, *Teofanía. El espíritu de la antigua religión griega*, 2007, Madrid, Sexto Piso, col. Noesis, trad. de Juan Jorge Thomas, 142 p.

RECEPCIÓN: 4 de julio de 2008.

ACEPTACIÓN: 24 de septiembre de 2008.

El autor de este texto es un teólogo alemán nacido en la segunda mitad del siglo XIX y muerto en 1958. Se dedicó sobre todo a estudiar a los dioses griegos, tomando en cuenta las consideraciones que sobre el tema hicieron Nietzsche, Hölderlin, Goethe, Winkelmann y otros. En *Teofanía*, Otto quiere mostrar que la religión griega ha sido injustamente marginada por los estudiosos, particularmente del siglo XIX. Quizá, sugiere, se debe a la necesidad que tal siglo tenía de racionalizar y de hacer, de todo, una ciencia; y en este caso, la religión griega aparecía a su mirada como demasiado fantasiosa y muy alejada de lo que para todos los estudiosos es la cuna del pensamiento occidental, esto es, el pensamiento filosófico, el pensamiento científico, la grandeza del arte, de la escultura y de la arquitectura. Así pues, la religión parecía totalmente desconectada de todo el pensamiento verdaderamente racional y verdaderamente valioso.

Nuestro autor está en desacuerdo. Para él, la religión griega es la expresión espiritual que está en el trasfondo de toda la creación griega. Él piensa que la religión no puede ser racionalizada, ni explicada, sino sólo puede ser experimentada, y de esa experiencia de la presencia de los dioses en la cotidianidad, surge el modo de vida, la cosmovisión y toda producción espiritual y racional del hombre.

Los que hemos sido educados en la religión cristiana, en donde lo divino cuida y protege su creación, es posible que no podamos entender con facilidad a esos dioses bienaventurados, alejados de todo mal, pero presentes en la vida

RESEÑAS

miserable de los hombres. Los dioses homéricos están siempre presentes en la vida de los hombres, los acompañan y ven por ellos.

Esto se manifiesta sobre todo en los mitos, que son para Otto, expresiones que las musas inspiran, y que siempre nos dan una verdad. Los mitos no son, como ha interpretado la psicología, expresiones que en los sueños se dan a conocer; en realidad, como decía antes, las musas los cuentan y ellas, por medio de su canto, nos dan la expresión más elevada de la verdad.

En la tragedia misma del canto habla la verdad, pero ese dolor que sufren los humanos no es, como quiere Nietzsche, una provisión de dolor para que cante el poeta, sino la misma realización de los hombres que traducen su dolor en canto, porque así se acercan a las musas y a la verdad que ellas cantan.

Me parece que aquí el autor se aleja del pensamiento de Nietzsche, en cuanto que para éste último, los dioses griegos sufren y por ello, los hombres sienten que pueden revertir la afirmación de Sileno, y con ello, aceptar sus propios sufrimientos. La tesis de Otto, en cambio, afirma que los dioses no sufren, pero que acompañan al hombre en su sufrimiento, lo consuelan y se revelan en lo más íntimo de su ser, siempre y cuando éste quiera reconocerlos.

Desde este punto de vista, la religión griega se muestra presente en cada momento de la existencia humana, los dioses la acompañan y se sientan a la mesa con quienes así lo aceptan, no les dicen qué hacer, no hablan de lo bueno y lo malo, ni tienen que hacer su voluntad. Así, el hombre griego es mucho más piadoso que el hombre de nuestro tiempo, puesto que acepta la presencia divina en cada uno de los momentos de su vida.

Para el hombre moderno es incomprensible la devoción que el griego tiene por sus dioses, piensa que ellos son sólo una hermosa invención del artista, no entiende que los dioses, personifican las emociones humanas, sus estados de ánimo, y por ello precisamente, sabe que le acompañan en cada una de sus acciones, porque lo divino no es lo absolutamente otro, sino que por el contrario, es omnipresente. No se tiene que vivir un éxtasis misterioso, para saber de la divinidad, sólo ha de querer experimentarlo.

Tradicionalmente, entre las mayores críticas a la religión griega se menciona su antropomorfización, pero Otto aclara, citando a Goethe, que lo que los griegos querían hacer era divinizar al hombre, y no humanizar a la divinidad; lo divino se acerca al hombre mostrándole un rostro humano, el hombre no tiene que buscar experiencias extraordinarias para encontrar a la divinidad, la naturaleza misma es una expresión de ella.

Otto nos invita, en la segunda parte de su texto, a conocer más acerca de los dioses griegos; habla con detenimiento de Apolo, de Afrodita, de Dionisio. Con referencia a ellos hace toda una reflexión de sus diversas manifestaciones, así como de otros dioses, para mostrar cómo, efectivamente, cada divinidad es una manifestación de las diversas vivencias humanas.

Para finalizar, quiero decir que este libro es sumamente bello: en un lenguaje claro, haciendo referencia a los grandes poetas románticos del siglo XVIII, nos invita a releer a Homero y a Hesíodo, a Platón, a Heródoto, a Pausanias.

Pero además, también me parece que nos invita a reflexionar sobre nuestra propia actitud ante la divinidad, ante la naturaleza y ante nuestra propia existencia.

CECILIA GALAVIZ ÁLVAREZ
Departamento Académico de
Estudios Generales, ITAM